

Costa Rica Ilustrada

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

REDACTOR,

Leonidas Pacheco.

EDITORES PROPIETARIOS,

Próspero Calderón—José Antonio Soto.

PRECIO DE SUSCRICION:

En Costa Rica..... \$ 0-50 trimestre adelantado.
En el extranjero..... " 1-00 " "
Número suelto..... " 0-15 "
Números atrasados.. " 0-25 "

{ Año I. Núm. 9. }
San José, 22 de octubre de 1887.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,

Calle del Cuño, número 5, Oeste.

APARTADO NUMERO 93.

Sumario.—*Un pasco á la presa y lago de Gileppe*, por J. F. Peralta.—*A la luna*, por Justo A. Facio.—*Mi familia*, por Simplicio Cucufate.—*Sollozos*, por "—*Perdón*, por Carlos A. Imendia.—*Un pasco delicioso*, por Zadig.—*A la señorita Carlota Pinto*, por "—*Un medio de salir de la pobreza*, por Matatías.—*Descanto*, por Luis R. Flores. *Crónica*, por Mr. Renard.—*El amor*, por X.

Grabados.—Rosalia.—Teatro de Covent Garden de Londres.

Música.



ROSALIA.

Un paseo á la presa y lago de Gileppe.

Era el 26 de agosto. El cielo que se mostraba puro y recibía los resplandores de un sol de verano, inspiraba confianza á los que en busca de excursiones y de una naturaleza sonriente habían escogido á Spa como lugar de verano. Las montañas de la vecindad, rejuvenecidas con las lluvias de los días anteriores, aparecían llenas de verdura. Con un tiempo tan hermoso todo el mundo se preparaba para el paseo. Por nuestra parte la decisión estaba tomada, iríamos á ver la presa y lago de Gileppe.

Spa, coqueta ciudad que ocupa un nido de verdura formado graciosamente por las últimas ramificaciones de las agrestes Ardenas, es uno de los sitios más nombrados en Bélgica por la excelencia de sus aguas ferruginosas y por sus preciosos alrededores. Esta ondina de las fuentes y montañas recuerda con orgullo los nombres de Pedro el Grande; el de la Duquesa de Orleans, madre del rey Luis Felipe; el de Gustavo III de Suecia, y otros personajes notables, obligados, á pesar de su orgullo y de su alta jerarquía social, á buscar como todo el mundo un alivio para sus enfermedades.

La topografía de Spa y de su región es sumamente particular é interesante. Las montañas en su mayor parte están formadas por capas de pizarra, pero lo más curioso de todo es la variación que se presenta en la naturaleza del lugar, los paisajes varios que resultan de la bifurcación de las colinas, que forman á cada paso, ya un gracioso valle, ó bien una agradable hondonada, donde se divisan con profusión las quintas aristocráticas y rústicas, y los pueblecitos agrupados en torno de sus modestas iglesias.

Cada paseo que se hace desde Spa merece su descripción particular; aquí nos limitaremos á hacer algunos recuerdos de nuestra excursión á Gileppe.

Llegamos á aquel lugar siguiendo un pintoresco camino. La impresión que nos produjo, al bajar una colina, la vista de un gran receptáculo de agua contenido por una enorme presa de piedra, fué en extremo agradable.

Antes de hacer la descripción me parece mejor dar á conocer el origen de aquel magnífico trabajo: Verviers, ciudad situada entre las Ardenas y la frontera de Alemania, que había recogido la industria agoni-

zante de las antiguas ciudades belgas, carecía de agua para mantener en actividad las numerosas industrias que en ella habían llegado á establecerse. La ciudad estaba amenazada de muerte. Se idearon cuantos medios estaban al alcance de la inteligencia para remediar el mal. Dos hombres de energía propusieron la creación de un lago artificial, aprovechando para ello alguna hondura de las Ardenas. Después de prolongados estudios su vista se fijó en el valle del riachuelo Gileppe, pero antes de tomar una decisión era preciso conocer las montañas vecinas; ver si en ellas podía encontrarse un sistema de rocas de dirección vertical para poder asegurar hasta en el interior de las colinas las extremidades del muro interceptor que debía construirse, para cuyo conocimiento se tallaron en el interior de las montañas vastas galerías, que hoy se admiran. Una vez seguros de la resistencia del terreno comenzaron los trabajos de la presa y lago artificial, que duraron casi diez años.

Para que se pueda tener una idea clara de las proporciones de aquel trabajo, anotaremos algunas medidas que merecen entero crédito.

La presa tiene en su base 82 metros de extensión, contando en la parte superior 235. La altura del muro es de 47^m, y si se cuenta con un hermoso león de piedra que corona la presa del lado izquierdo, alcanza á más de 69, lo que da una altura mayor que la de la torre de Nuestra Señora de París y mucho mayor que la del Arco de Triunfo, que en la misma ciudad mandó levantar Napoleón I para inmortalizar sus victorias.

Diríase,—cuando se está al frente de la hermosa muralla, por un lado de forma piramidal y por otro vertical,—que uno se encuentra en el país de las pirámides y esfinges, ó ver algún coloso de las antiguas y famosas capitales de Asiria y Babilonia.

La anchura de la presa es de 66^m en la base y 15 en la parte superior. Bien se comprenderá la poderosa resistencia que presenta aquella muralla á las aguas del lago, que cuenta con una extensión de 800000 metros cuadrados (80 hectáreas), comprendidos entre 2.000 de longitud y 400 de anchura. La profundidad del lago llega en ciertas partes á 47^m.

Actualmente ese hermoso receptáculo asegura la prosperidad de Verviers, y la industriosa ciudad ve alimentadas con abundancia sus numerosas máquinas. Los teji-

dos y paños de Verviers son muy estimados en Bélgica y en el extranjero. Nosotros hemos tenido la oportunidad de visitar algunas de sus mejores fábricas. Los productos vervieteses, según el decir de los expertos, son superiores á los alemanes é ingleses para el consumo de las gentes del pueblo, pues á su mayor baratura debe agregarse la superioridad de los tejidos en cuanto á su duración. Los industriales de Verviers proveen de uniformes al ejército belga.

Volviendo á la presa diremos que, á pesar de las moles enormes que la forman, el agua pasa al través, lo que prueba la imposibilidad de las presas perfectas y la porosidad de los materiales. Juan Guillermo Bidaud, autor del proyecto del "Barrage de la Gileppe", lo había previsto y en consecuencia, quiso que se construyera un desagüe en el interior del muro, destinado á recoger el agua que gota á gota, llega de los lados.

La filtración se ha calculado que es de un litro por segundo, lo que da un total de 864000 litros por día.

El león de piedra que en otro lugar hemos mencionado, es obra del escultor belga Felix Bouré. El pedestal sobre que reposa aquel hermoso emblema de la fuerza belga, cuenta 8^m de altura; el león 13.50 de alto, 16 de largo y 5 de ancho. Estas dimensiones hacen ver lo imposible que sería encontrar un parecido, aun en los desiertos arenales y salvajes montañas del Africa. En la imposibilidad de esculpir tamaño animal en una sola piedra, Bouré tuvo que formarlo con trozos diversos de piedra, empleando en el trabajo 183 piezas que representan un peso de 300000 kilogramos. De un lado del pedestal, mirando hacia Verviers, hay una inscripción que dice que aquellos trabajos "fueron construidos bajo el reinado de Leopoldo II"; del otro lado los viajeros han respetado la blancura de la piedra; sólo había un letrero que decía: "Estudiantina Española. 13 de mayo de 1883". Aquellos simpáticos artistas no respetaron la costumbre, con la autorización que les daba sin duda el saber arrancar tan preciosos sonos á sus guitarras y bandurrias.

Otro trabajo importante es el acueducto que de Gileppe lleva las aguas á Verviers en una extensión de 9 kilómetros, estando además enlazados los dos lugares por una línea telegráfica, la mayor parte subterránea y que sigue el acueducto.

El angosto valle del Gileppe ha quedado dividido por la presa en dos partes desi-

guales. Aquella construcción ofrece la mayor confianza. Desgraciados de los habitantes que tienen su morada en la continuación del valle, si el muro llegara á romperse al empuje del agua. Para divertir la fuerza de presión los ingenieros hicieron abrir á uno y otro lado de las colinas limitantes, especies de brazos en forma angular que dan entrada al agua.

La magnitud del trabajo que hemos descrito se realiza con lo pintoresco del lugar. Al frente una colina rocallosa poblada de árboles en su parte superior y que da la vuelta al lago; del otro lado el camino que llega de Spa y por último, la continuación del valle cautivo....

Pero era ya tarde. El sol comenzaba á ocultarse entre las montañas y una brisa agradable que se abría paso por entre los agrupados pinos y cipreses de las comarcas vecinas, llegaba á animarnos para el regreso.

El camino hacia Spa nos pareció más pintoresco que como lo habíamos visto en la mañana, sin duda por la ausencia del calor.

Salido que hubimos del valle de Gileppe nos encontramos con el del Vesdra, pequeño río, pero sumamente importante en la industria de aquellas regiones; luego montamos un camino desde el que divisamos las fronteras de Alemania, como Moisés pudo haber visto la tierra prometida. La patria de Bismark dejaba ver de cuando en cuando alguna chimenea industrial, ó bien un pueblecito cuyas casas semejaban puntos perdidos en el espacio.

También tuvimos ocasión de ver el bosque de Hertogenwald, víctima en días pasados de un voraz incendio. El fuego, que comenzó del lado de Prusia, abrasó una extensión de más de 25 leguas. En algunos puntos todavía se veía humear la tierra, aunque hacía más de veinte días que el incendio se había declarado. La devastación fué grande. Lo que hacía poco deleitaba la vista con sus árboles y verdura estaba convertido en triste desierto de ceniza y carbón. Dicen que el espectáculo del incendio fué grandioso, y poco trabajo costará creerlo al pensar que las llamas devastadoras se alzaban al mismo tiempo por leguas y leguas.

Del pequeño valle del Vesdra y colinas que lo rodean, entramos á la provincia de Luxemburgo, que se recorre en una pequeña extensión, para encontrar de nuevo la de Lieja, hasta llegar, por entre prolon-

gadas filas de olmos y pinos, á la risueña
Spa.

JOSÉ F. PERALTA

Spa, 28 de agosto de 1887.

A LA LUNA.

¡Oh Luna, Luna,
Cuán dulcemente resbalas
Por el éter cristalino
Sin nube alguna
Que descolore tus galas,
Mientras que sigue tus huellas
Del cielo en el manto fino
Fúlgida corte de estrellas.

Cuál me embeleso
Cuando pasas indecisa,
Y al mirarte tan hermosa
Te pido un beso
En el soplo de la brisa,
O en el rayo transparente
Que apenas temblando roza
Mi descolorida frente.

Ay! si le siento
Tanto me consuela, tanto,
Tu luz amorosa y grata
De mi tormento,
Que hasta recobro el encanto
Por largo tiempo perdido
De que me priva la ingrata
Que así me tiene afligido.

Tú sabes, Luna,
Que aunque la idolatro ciego
No se cura de mi lloro
Que la importuna
Ni escucha fina mi ruego:
Por eso me ves tú sola
El desdén de la que adoro
Lamentar bajo tu aureola.

Sí, ya me viste
A la luz con que refleja
Tu misteriosa tristura
Errando triste
Cuando en són débil mi queja,
Que en el silencio resbala,
Gimiendo va de ternura
Del cefrillo en el ala.

Que me entretiene
Bajo tu dosel sentado
Murmurar la pena grave

Que así me tiene
El corazón lacerado,
Pues pienso en mis agonías
Que tu destello más suave
Consoladora me envías.

Si por mi suerte
Compasiva cual tú fuera
La ingrata cuyos enojos
Me dan la muerte,
Yo tu hermana la creyera,
Porque hay de tu luz preciada
En sus dulcísimos ojos
La claridad argentada.

Mas ay! aunque ella
En sus ojos te retrata,
Tú eres reina de la altura
Por ser tan bella,
Ella es reina por ingrata,—
Pues se burla de mi lloro
Y de la misma ternura
Con que rendido la adoro.

Pero la pena
Que con su enojo recibo
Halla en tu faz argentada
Triste y serena
No sé qué dulce atractivo:
Por eso, Luna, en mi duelo
Vengo en la noche callada
A contemplarte en el cielo.

Porque inspirado
Al verte en mi desvarío
Pálida hacer tu sendero
Tan prolongado,
Que eres una reina fío,
Nunca de allí destronada,
A quien amor traicionero
Lleva con la faz velada.

Que esa tristura
Con que ilumina tu lumbre
Dice de un alma intranquila
Que amor tortura
La infinita pesadumbre,—
Pues, Luna, no es llanto tuyo,
Que amor vierte, el que titila
De la flor en el capullo?

Tu rayo triste,
Del alma que ama delicia,
Que con azul transparente
La noche viste,
No es una dulce caricia,
Acaso un beso, una queja

Que tiembla sobre la frente
Del ingrato que te deja ?

Ah! pobre, pobre,
Si es el amor quien te daña ...
Nunca será que en la vida
Calma recobre
El que lamenta su saña:
Yo te lo digo, pues quiero,
Y quien me causa la herida
Sabe que de ella me muero.

Sigue y recorre,
Oh Luna, tu eterna vía,
Sin que de tu faz en tanto
El tiempo borre
Tan suave melancolía,—
Que á su apacible destello
Hasta mi rudo quebranto
Me parece dulce y bello.

Noviembre de 1878.

Justo A. Facio.

Mi familia.

PARTE I.

Mi tío Silvestre

Don Silvestre Cocobola y Cedroamargo, es persona respetable, aunque no muy respetada. Cincuenta y cinco años sonados y mal gastados. Visto de lejos, parece mi tío una persona cualquiera; mas examinado de cerca, se parece á todo el mundo, lo cual halaga enormemente su vanidad, porque él se cree un original. Por lo que hace á carácter, es todo un hombre, y lo ha probado, negándose rotundamente á pagar los impuestos municipales y algunas otras cuentas.

Solterón de oficio y de este vecindario, mi tío Silvestre merece á pesar de todo, la estimación de las personas honradas que no lo conocen.

Cuando joven fué santurrón y devoto, y hoy es un espíritu fuerte y un corazón débil. Vió con indiferencia á las hijas de Eva cuando ellas quizá lo hubieran distinguido hoy no piensa ni habla más que de ellas, y con ellas; pero... ellas no piensan ni hablan nunca de él, ni con él.

Mas él es feliz, porque todo lo mira bajo el prisma favorable de su senil vanidad. Una niña se esconde cuando pasa; es

porque no quiere ser vista por él, sin arreglarse el peinado ó el traje. Al contrario sucede con Ceferina, que suelta la carcajada apenas ve á don Silvestre; es porque su presencia la llena de alegría, ó por disimular su emoción.

En lo físico, su pasaporte, pedido por él, una vez que proyectó un viaje á Amapala, hace su señalamiento como sigue: "Silvestre Cocobola y Cedroamargo, cincuenta años, alto de cuerpo y muy delgado, nariz de lora, ojos negros de tepescuinte y boca de arenque; orejas de pollino, barbas de cabro y cabeza de chivo. Aspecto general, el de un alcaraván. Señales especiales: un mordisco en un carrillo y dos lobanillos en el cuello. Dentadura, sólo le queda un colmillo solitario y dos muelas averiadas."

El método de vida de mi tío Silvestre es digno de imitarse. Almuerza donde su hermano; come en casa de una sobrina y duerme en un cuarto que se le ha apartado en la casa de su cuñado. Lee los libros que le prestan, de los cuales unos devuelve y otros adquiere por prescripción. Jamás ha comprado paraguas ni sombrero, porque toma el primero que encuentra en las antesalas, y en los bailes cambia el sombrero por otro más nuevo, sin perjuicio de salir con abrigo ó bufanda de las casas donde entró sin nada de eso.

El que quiera conocer á mi tío Silvestre, haga una excursión al Mercado un sábado, ó domingo de Lotería.

Veis á aquel viejecito recostado á un pilar del edificio? Observadlo con atención. Mirad como sigue con la vista y aun echa un piropo á cada una de las no arrepentidas Magdalenas que pasan cerca de él. A veces hace como que contesta con la mano ó la cabeza á un saludo ausente ó imaginario. A las leonas del día no les da el tratamiento de *Señorita*, sino que las llama por su nombre de pila: Delfina, Julieta ó Adelina; lo que según él, le da un aire de colegial, ó como si digéramos, discípulo ó amigo de infancia de ellas.

No hay, pues, nada de ofensivo en su modo de ser con las bellas. Respecto de los hombres, eso es otra cosa. Mi tío se cree de buena fe una persona importante á quien la sociedad no ha hecho justicia. De allí viene que para él no hay Gobierno bueno. Según cuenta, todas las administraciones lo han llamado á ocupar Secretarías de Estado; pero él no ha querido

perderse en la opinión, y se conserva puro é inmaculado. Afirma que tal ó cual medida se le ha consultado y él ha dicho á los hombres del poder, verdades amargas que le han sufrido para no malquistarse con el pueblo. Todo destino es mal servido y peor pagado. Cuando se habla de un mal empleado, no falta tío Silvestre de decir: que si á ese cargo le pusieran un buen sueldo, él lo aceptaría; como si sólo esperaran su anuencia para ofrecerle todo cargo público que le agrade.

Manías, todos los hombres ilustres, inclusive el señor Cocobola y Cedroamarago las tienen. Veamos algunas de ellas. Movimiento perpetuo de las piernas del siguiente modo: cuando está sentado, cruza una pierna sobre la otra, y comienza un repique ó meneo constante que hace mover las mesas y objetos que sobre ellas se tienen. A algunos produce mareo ese temblor sempiterno y á todos fastidia ese motor sin objeto ni fin conocido. Si mi tío está de pie ó recostado, no son sus piernas las de la acción, sino sus dedos. El procedimiento entonces es menos bilioso, pero mil veces más molesto para las personas nerviosas, y consiste en un redoble con variaciones de marcha, hecho con los dedos sobre el primer objeto sólido que esté al alcance de mi dichoso pariente. Todo esto son pequeñeses disimulables; lo que sí caracteriza y distingue á don Silvestre de la generalidad de los mortales es su espíritu de contradicción y una aspiración desmedida de ser un tipo original.

Ejemplo de lo primero.

Simplicio.—Buenos días querido tío.

Mi tío.—Buenas tardes caballero (esto para no convenir en que estamos en la mañana y que soy su sobrino).

Simplicio.—¿Que piensa Ud. sobre la cuestión del Parque Morazán?

Mi tío.—Pienso que los que piensan que el pensamiento del Gobierno sobre esa materia no ha sido bien pensado, no piensan bien ni piensan mal; pero los que piensan que pensar lo contrario es pensar patrióticamente, no han pensado lo que dicen ni han dicho lo que piensan.

Simplicio.—Aun no me ha dicho su opinión personal, sobre el hecho de haberse dado el nombre de Morazán al Parque proyectado.

Mi tío.—Mi opinión es totalmente opuesta á la de ambos extremos. Yo, Gobierno, para satisfacer la susceptibilidad de

todos, hubiera tomado el nombre de Morazán y lo habría dividido en dos, así: Mora y Zan. Hubiera llamado al Parque, de Mora y en ese parque construiría un teatro que se llamaría, teatro de Zan, y medio á medio colocaría la estatua de don Próspero. Entonces el extranjero leería de lejos: "Próspero Parque de Mora y Zan, y así todos quedarían contentos, inclusive los que fusilaron á Morazán, porque también yo lo parto medio á medio.

Simplicio.—La idea es nueva; más que nueva es sublime, de justicia, de buen sentido, y sobre todo, de sencillez democrática. Se me figura ver á Salomón mandando partir el niño disputado por las dos madres. Dios bendiga á mi tío Silvestre y toda su prole, entre la cual tiene el honor de contarse el que suscribe.

—:o:—

PARTE 2ª

Las hijas de doña Rogelia.

Mi tía Rogelia vive en la calle del Olvido nº 101. Regordeta y rellenota de carnes y de ideas tétricas y apocalípticas, es sin embargo una de las madres modelos en esta sucia y dichosa ciudad de San José. Siete veces bendijo Dios su matrimonio, y mis siete primas representan esas siete bendiciones.

¡Qué lástima que la juventud no sea eterna! Por desgracia, mis primitas fueron jóvenes, y la menor (veintisiete años) es ya una juventud en conserva. La mayor colea los cuarenta, y entra en los helados confines de la vejez; y á todo esto, ni un marido que se presente del sexo fuerte.

¡Pobre tía Rogelia, presidiendo semejante regimiento de solteronas!! Sí, la palabra es dura, pero exacta. Mis primas representan en sus dolorosos extremos las tres clases conocidas hasta aquí de solteronas. En ese calvario hay tres estaciones. En la primera, la paciente es aun amiga de la humanidad, porque aun conserva alguna esperanza de un matrimonio in-extremis. En la segunda, adiós los hombres y sus engaños. El fuego sagrado del corazón es empleado y consumido en una lora, un gato ó un perrito. Los efluvios de su alma, no comprendidos ni aun quizás apercibidos por ese animal sin plumas que se llama el hombre, han encontrado un ser peludo, em-

plumado ó escamado, que las comprenda, las quiera y las acaricie. En la tercera época solteronil, ya no son bastantes los cariños de Coscolina, ni los bríncos del doguito Cook. Las monerías de la gatilla *Filis* no hacen ya sonreír á su desventurada dueña. El amor que es reconcentrado y abstracto en la solterona de 3er. grado, necesita algo más que un ser irracional que lo alimente. El hombre mismo es ya un ser inferior, incapaz de merecer tan sublime amor; y sólo Dios llena sus aspiraciones. La solterona de 3er. grado es, pues, esencialmente devota y religiosa.

Mis primas, además de solteronas, son pedantes y tienen una lengua!! de la cual libre Dios á mi querido lector. Para ellas la asistencia al teatro es una falta; pero presenciar la representación de la *Mascota* ó de *doña Juanita* es un crimen, porque hiere sus delicados oídos. En vano han tratado de disuadirlas de ese error algunas amigas de ellas, tan inocentes y candorosas, como maliciosas son mis primas. Aquellas sostienen que han visto la *Mascota* y no han comprendido ni notado cosa que las sonroje, mientras estas últimas afirman: que esas zarzuelas son hechuras del diablo etc., etc., y ambas tienen razón. Una joven verdaderamente recatada é inocente no puede saber en que consiste la parte colorada ó atrevida de una escena; mientras que mis primas, que son medias viejas y graduadas de solteronas, tienen ya la suficiente malicia para distinguir el bien del mal. . . . A las primeras las salva su inocencia; á las segundas las condena su malicia. Repito que ambas obran de buena fe; pero el malicioso público suele reírse de las que más saben y hacer justicia á las que todo lo ignoran.

Esto es decir que mis remilgadas primas no han visto ni oído la *Mascota* y *doña Juanita*, y se comen vivas á las que las han visto. Contra este modo de ser no hay remedio, pues se dice que vivimos en el mejor de los mundos, y debemos suponer que lo que aquí pasa es lo mejor que puede pasar.

Por lo que hace al hábito de murmurar del prójimo que tienen las hijas de mi tía Rogelia, pienso que debemos sufrirlas con resignación, como un mal necesario: ¿no sufrimos el piquete de las pulgas?

Para mis primas, todo joven que visita una casa, es ó novio ó seductor de alguna hija de la misma. Para ellas ningún

matrimonio se hace por amor, sino por interés, ú obligados por las circunstancias. Toda mujer bella ó graciosa es tonta ó coqueta; los hombres que no las atienden son mal educados, y si esos mismos hombres atienden á otras, es con malos fines. En una palabra: son mis primas las siete plagas de Egipto; las siete peores vecinas; y aunque en cada familia se encuentran tipos semejantes ó parecidos, es de esperarse, para la tranquilidad pública, que no todos tengan las abundantes dotes que adornan á las hijas de mi tía Rogelia. Dfxit

SIMPLICIO CUCUFATE.

SOLLOZOS.

Mis dulces pajarillos
los de melosa lengua,
aquellos de la pluma azul y jalde
de breve pico y de mirada tierna;

sabes á donde fueron
á cantar sus endechas?
Mujer, si tú lo sabes, dime, dime
quien ¡ay! me tiene con el alma enferma.

De la preciada jaula
rotas están las rejas,
y todo anuncia que atrevida mano
de muerte hirió mis avecitas bellas.

Oh mujer, si lo sabes
no ocultes la tragedia,
que si no eres motivo de mis lágrimas,
ya sé que el gato se almorzó mis prendas.

* *

Perdón.

(A Daniel Huevo y Paredes.)

Para "Costa Rica Ilustrada."

Me habían ofendido: la calumnia
Hirió mi pecho,
Y me sentí sin fuerzas, y creía
Que me faltaba el aliento,
Y que la sociedad me miraría
Con marcado desprecio.

* *

Busqué al calumniador, pude encontrarle
 Y, ¡ay! la calma
 Huyó cuando le tuve frente á frente,
 Y cuando vi en su mirada,
 Que desafiaba altivo, indiferente
 Mi cólera amarga.

*
 * *

Y llegó ese momento tan deseado:
 El ya no pudo
 Evitar mi venganza y mi coraje,
 Y tembló en aquel punto
 Al presentir lavado tal ultraje,
 Triunfante mi orgullo.

*
 * *

Iba á asestar el golpe, y me contuve;
 Recordé pronto
 Que mi madre me dijo: "Acción muy bella
 Es, hijo mío, perdonarlo todo;"
 Y me sentí feliz, y en nombre de ella,
 De corazón perdono.

CARLOS A. IMENDIA.
 (Salvadorenseño).

Sonsonate.—1887.

UN PASEO DELICIOSO.

Era domingo y encontrándonos reunidos varios amigos dispusimos de común acuerdo largarnos al campo, donde esperábamos divertirnos en grande. Poner en práctica tan magnífico proyecto nos parecía lo más sencillo del mundo, no había sino irse derechito á una de tantas caballerizas, mandar ensillar sendos caballos y al avío. Pero bien dicen que del dicho al hecho va mucho trecho, y que en todo caso es preciso contar ante todo con la huéspedada, factor *sine qua non* de las acciones humanas. El caso fué que los benditos animales, que habían de conducir nuestras humanidades por esos campos de Dios, se estaban muy tranquilos paciéndose en el potrero, dándoseles una higa de nuestra impaciencia. Nos aseguraron que era cosa de un momento, que el muchacho iría *volando* y antes de cinco minutos estaríamos ya en camino. Armámonos, pues, de toda nuestra paciencia, la que, á no dudarlo, hubiera merecido justos encomios del mismo Job en persona, quien á pesar de ser el prototipo de la cachaza, se hubiera fastidiado de lo lindo. Pasaron los cinco minutos y sesenta también antes de que el *alado* mozo diera muestras de existencia. Por fin al cabo de las cansadas, cuando ya estábamos por renunciar á nuestro proyecto, colocándolo en la categoría de los imposibles, vimos entrar unos animalejos, que no le iban en zaga á la célebre perrilla de Marro-

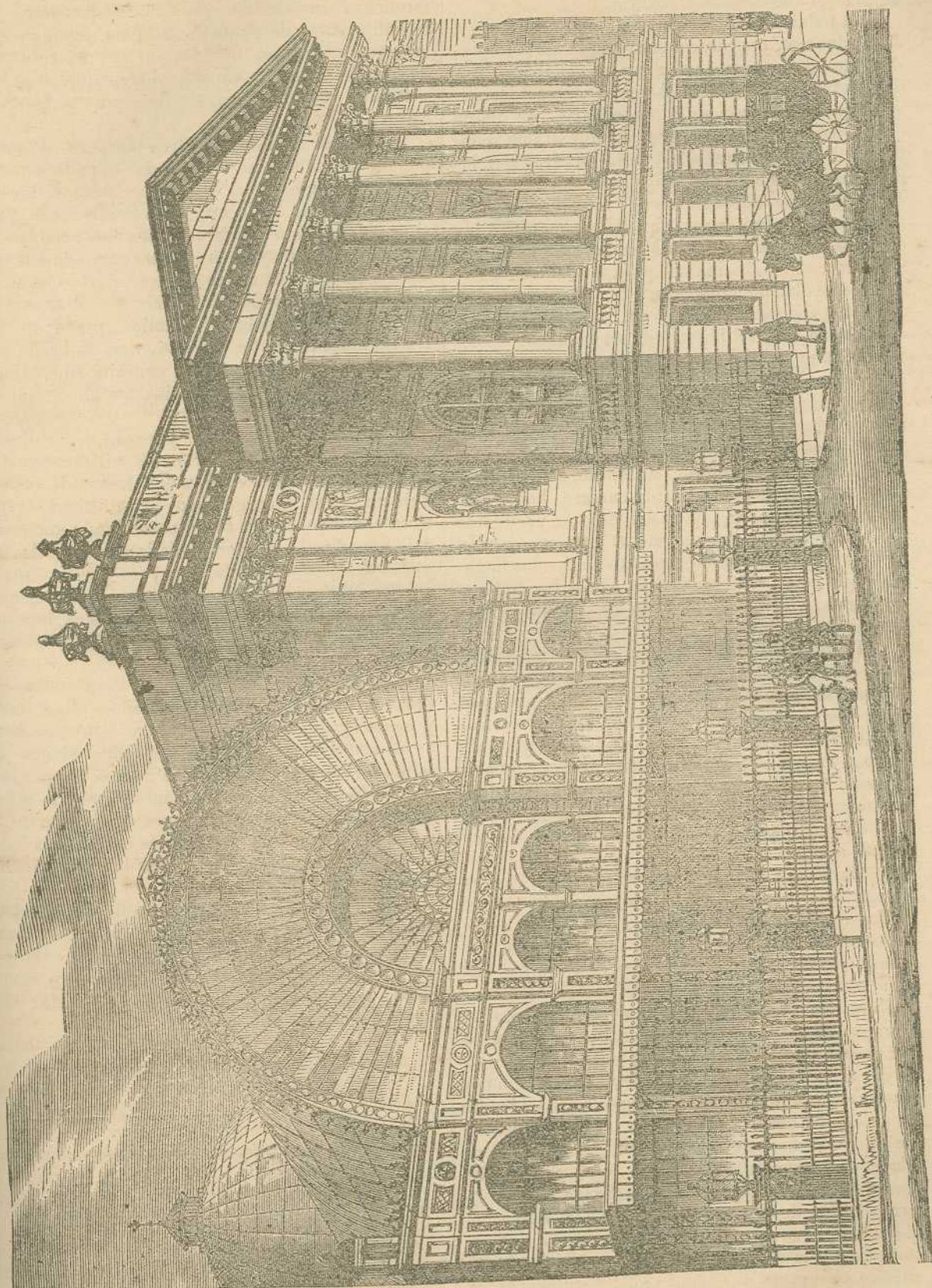
quín, pues ni eran caballos ni eran nada, y los derribaba un resuello, ni más ni menos que á la susodicha perrilla. Parecieronnos los tales, que apenas lograban conservar la vertical por un verdadero milagro de equilibrio, más dispuestos á dejar sus huesos en cualquier parte que á llevar sobre sus matados espinazos la menor carga; y debimos poner unas caras un si es no es mohínas y desconsoladas, porque se apresuraron á traer á colación, así como quien no quiere la cosa, aquello de que nunca se debe juzgar por las apariencias, y otros refranes de la laya; encareciéndonos además el mucho cuidado con las riendas, no precisamente porque semejantes caballos pudieran embrocarse, sino porque eran demasiado voluntarios: así se apresuraban á curarse en salud, no fuera á ocurrírseles pedir espuelas, pues no había una ni para remedio.

El caballericero, que era hombre locuaz, si los hay, condición del oficio, charló hasta por los codos, poniendo por las nubes la incomparable valentía de sus jamelgos; y aunque maldito el crédito que dábamos á sus exageraciones sin tasa, después de tan considerable gasto de paciencia no era para andarse con melindres, y así nos dispusimos á seguir el humor de aquel amable sujeto, que con la mejor fe del mundo procuraba que la imaginación prestara su fantástico colorido á la triste realidad.

Sabíamos perfectamente que igual cosa nos pasaría en cualquiera de las bien provistas caballerizas de esta rica capital, y como ya teníamos entre ceja y ceja nuestro paseo, no quedaba otro camino sino apachugar con lo que había y creer á pie juntillas las mil heroicidades llevadas á cabo por aquellos esqueletos; y más cuando nos dijeron que el uno se llamaba "Relámpago," el otro "Torbellino," el siguiente "Trueno" y el de más allá "Rayo," ¡diantres! íbamos caballeros en una tempestad hecha y derecha.

Esta última aseveración no dejaba ya lugar á duda, y hubimos de imaginarnos cabalgando en árabes trotones y rápidos potros de las Pampas. Cobramos ánimo y nos acercamos con alguna confianza á aquella tempestad en forma de escuálidos rocines; mas á pesar de nuestra acendrada fe procuramos montar con sumo cuidado, con la mayor suavidad y conteniendo el aliento para hacernos livianos, no fueran á desarmarse en mala hora los tempestuosos bridones.

Vímonos por fin montados, y comenzaron nuestras cabalgaduras á andar con tanta prisa é inusitado brío, que casi casi los encontrábamos ya capaces de arremeter las altas hazañas ostentadas en sus brillantes hojas de servicios. Renació, pues, la alegría en el corrillo, dimos por bien empleadas las largas horas de purgatorio que habíamos pasado esperando, y continuamos nuestro camino más alegres y locuaces que estudiantes escapados de colegio: como sucede generalmente en tales casos, hablábamos todos á un tiempo sin que ninguno se preocupase por no obtener atención: era un á cual grita más, atronador, tantos temas de conversación como personas, la torre de Ba-



Teatro de Covent Garden de Londres.

bel en sus mejores tiempos, cuando reinaba en todo su auge aquella deliciosa confusión de las lenguas y ensordeciente vocería.

A todas éstas ignorábamos por completo á dónde íbamos, no parecía sino que la mala impresión, que de buenas á primeras nos habían producido los tales rocines, al verlos entrar derrenegados y maltrechos en la caballeriza, se había convertido ahora en plena é incontrastable confianza, hasta el extremo de soltarles las riendas dejándolos tomar la dirección que más cuadrara á su caballuno albedrío; siendo muy de nuestro agrado poder imitar así aquella primera salida del famoso caballero de la Mancha, el cual se puso á merced de Rocinante para ir en busca de sus descabelladas aventuras.

Mas el furor andariego de nuestros veloces corceles se acabó á lo mejor, deshaciéndose como el humo tan furiosa energía: se detenían á cada paso, y apenas si arriándolos por todos los medios imaginables, conseguíamos sacarlos un instante de su desesperante lentitud, en vano nos agitábamos como energúmenos moviendo pies y manos, todo inútilmente. Entonces caímos en la cuenta de que tan envidiable carrera había sido simple y llanamente efecto del escosor producido por el roce de los ásperos sacos que en calidad de mantillones les habían puesto sobre los llagados espinazos. Dábanos á todos los diablos, renegando una y mil veces de los alquiladores y sus inicuos rocines.

Pronto tuvimos un nuevo motivo para maldecir de nuestra mala estrella, y fué que dimos en unas ciénagas de donde creímos no salir con vida; eran lodazales insondables, verdaderos mares de cieno cuya orilla no se divisaba; pero allí estaban en su elemento nuestros relámpagos y truenos: aquellas osamentas sobrenadaban admirablemente y se deslizaban con asombrosa rapidez, haciendo honor á sus estentóreos y retumbantes apodos.

En trance tan apurado no pudimos menos de exclamar con lastimero y compungido acento: "Bien hayan los caballericeros, que como conocedores prácticos de nuestros intransitables caminos, proveen de bestias á propósito á los imprudentes viajeros que se arriesgan á atravesar ese inmenso piélago de lodo, que separa como infranqueable barrera, las ciudades de los pueblos y caceríos circunvecinos, durante una buena parte del año: les pedimos humildemente perdón por nuestras imprudentes murmuraciones, nacidas de la peregrina ocurrencia, sacada no sé de dónde, de que existían carreteras en este país; ocurrencia completamente infundada, cuya terminante desmentida nos enseñará á guardarnos bien en otra ocasión de dar por sentado así á humo de pajas lo que se nos venga á la cabeza.

Seguramente no causó á los naturales de América la llegada de Colón y sus compañeros la quinta parte del estupor producido por nosotros á los vecinos del pueblo, donde, gracias á la impagable potencia natatoria de nuestros jamelgos, conseguimos arribar.

Hacíanse cruces aquellas buenas gentes, dudando si seríamos almas de este mundo ó sombras fatidicas escapadas de quién sabe que antro infernal; y subía de punto su estupor, cuando por más que se fijaban, movidos por la curiosidad, no descubrían sino una capa de barro que nos envolvía de pies á cabeza, sin dejarnos pedacito á salvo.

A decir verdad, nosotros tampoco dábamos por medio menos tan tremenda expedición: teníamos por una bicoca el célebre paso de los Alpes por Aníbal, en lo más rudo del invierno, pues si es cierto que aquel irreconciliable enemigo de Roma perdió un ojo y la mayor parte de sus elefantes, también es cierto y muy cierto que nosotros habíamos estado en un triz de desaparecer con nuestros jamelgos y todo, quedando borrados del número de los vivientes: sobrada justicia nos asistía para entrar con aire de triunfo en aquel pueblillo donde habíamos ido á dar sin ton ni son.

Como oyéramos decir por allí, que únicamente los pájaros se atrevían á visitar aquellas abandonadas regiones, dímonos traza de conseguir un globo, encargándolo de la última invención, con dirección y todo; no dudando encontrar más expedita la vía aérea, dada la carencia absoluta del camino por tierra; pero resultó que aquellos labriegos ni en sueños habían imaginado jamás la existencia de tales vehículos, y hubimos de llevar con paciencia que se rieran á nuestra costa.

No habiendo otro remedio, emprendimos la retirada, tan llena de contratiempos, dificultades y peligros, que no le iba en zaga á la renombrada de los diez mil, pues al desfallecimiento absoluto de nuestros caballos, se unía el ataque pertinaz é incesante de furiosos mosquitos, la noche que se nos venía encima, negra como boca de lobo, el agua que caía á torrentes calándonos hasta los huesos, y.....en fin, todas las calamidades habidas y por haber.....

Seguro está que ninguno de nosotros pueda darse cuenta de cómo llegó á su casa sano y salvo, después de tan infernal expedición; cuyo negro recuerdo dió ocasión á un sin número de horribles pesadillas, que nos hacían despertar azorados pidiendo socorro.

San José, octubre 20 de 1887.

ZADIG.

A LA SEÑORITA CARLOTA PINTO.

Primer amor.

Mar agitado por borrasca fiera
Eso es, Carlota, mi ardoroso pecho,
Donde se agita en su pasión primera
Mi pobre corazón pedazos hecho.

¡Quién adorando como yo te adoro
Podrá en silencio su pasión guardar,
Si tu fuistes el único tesoro
Que en mi vida llegara á ambicionar!

Por qué debo callar si el alma osada
Puede más que mi necia voluntad,
Si esa pasión guardando recatada
La descubre en mis ojos tu beldad?

Mas fácil fuera que en su flujo extenso
Las olas comprimidas al bramar
Pudieran ocultar su arrojo inmenso
Al venir las riberas á bañar;

Que yo insensato en mi existencia loca
De mi pecho la llama contener,
Cuando del alma la extensión es poca
Cuando lucha el amor con el deber.

Si me quieres odiar, mil veces santo
Tu odio también para mi amor será,
Que tú eres de mi vida el dulce encanto
“Y en sólo amarte mi placer está.”

Si me quieres odiar . . . pero mentira!
No me odies nunca, por piedad, no, no;
Junta con tu alma mi alma que delira
Y bendiga esa unión por siempre, Dios!

*

San José, 14 de octubre de 1887.

Un medio de salir de la pobreza.

Andábame días pasados á Dios y á la ventura, recorriendo de aquí para allá las calles de nuestra culta y elegante capital, sin saber que hacer, ni qué partido tomar, cuando la casualidad hizo que topara con un amigo como Dios manda: bueno, muy bueno, bonísimo.

Después de haber estrechado fuertemente la mano que con exquisita cortesía me alargaba, y hecho unos cuantos elocuentes visajes para derrotar la muy agradable sorpresa que su inesperada presencia me causara, le dije:—“La vida, amigo mío, es para mí una carga insoporable; me cansa, me fastidia, me hastia, y como considero la muerte como el único remedio para mis males, he resuelto poner fin á mis tempranos días, y lo haré, vive Dios, aunque á ello se opongan el cielo y la tierra, y todos los elementos se conjuren contra mí, pues ya es tiempo de que en la fría y solitaria tumba encuentre yo el reposo que tanto es menester.

Temerario, grita mi camarada lleno de justa indignación, ¡es así, blasfemando como pagas los grandes beneficios que el más cariñoso

de los padres te concede? ¡No sabes, alocado joven, que la desgracia es la fragua en que se temple y acrisola el alma para poder entrar airoso en los combates de la vida? Por otra parte, los padecimientos así físicos como morales no te autorizan para darte muerte, porque ese derecho está reservado á Dios únicamente; además el mostrarse débil ante el infortunio es propio de los espíritus apocados y no de los fuertes; y tú en otras ocasiones, en los momentos más angustiosos de tu existencia, has dado muestras de poseer la virtud del sufriente en muy alto grado. Vamos, abandona esas ideas tan lúgubres y cuéntame tus penas, que éstas, comunicadas, pierden gran parte de su intensidad.

—¡Bravo! exclamé recobrando mi buen humor habitual—pues el tono austero y regañón de mi amigo me le había hecho perder—has hablado como un oráculo, y desde ahora declaro que eres un gran moralista; y debo también decir, en obsequio de la verdad, que tus reflexiones me hacen desistir de mis intentos: no me suicidaré.—Mas ya que con tanta insistencia maniéstasme el deseo de saber la causa de mi desesperación, justo es que yo sea galante con quien se muestra más que deferente conmigo.

Has de saber que estoy locamente enamorado.

—No me extraña: tienes pasiones como la generalidad de los hombres, acaso más fuertes en tí que en otros, si damos crédito á lo que la frenología dice, y natural me parece que hayas caído en los lazos del niño ceguezuelo. Cuál es la dueña de tu voluntad y albedrío?

—Una mujer.

—¡Mal pudieras enamorarte de un hombre!

—Perdona que no te revele el nombre de mi adorada, porque sería indiscreción hacerlo.

—Es bella?

—Como una virgen de Murillo.

—Y virtuosa?

—Como Lucrecia, la mujer de Colatino.

—Entonces por qué no te casas? De tí, y solamente de tí, depende la felicidad de ambos á dos.

—Por qué no me caso dices? Por dos razones: la primera, y más principal, porque F..... no me quiere, y no queriéndome no es posible que *dobleguemos la cerviz al blando yugo matrimonial*. La segunda, y muy importante, que soy pobre, y la pobreza es un obstáculo para la realización de cualquier proyecto. Siempre que recuerdo á Jesucristo, ese hombre sublime que se sacrificó en bien de la humanidad, me ocurre la reflexión de que si despreció las riquezas, fué por haber vivido en una época en que no había tantas exigencias como ahora.

—Bien, amigo mío; si la pobreza y el no quererte la muchacha son la valla que se opone á tu felicidad, te prometo indicarte el medio de llegar á ser, con poco trabajo, rico, muy rico, sumamente rico; y teniendo capital, fácil te será vencer la obstinación de tu amada. Pero te

advierto que si quieres que todo nos salga á pedir de boca, es preciso que me obedezcas ciegamente; y si acaso vieres ú oyeres cosas extraordinarias, no digas ni tus ni mus, ni oste ni moste, sino que á todo inclinarás la cabeza en señal de acatamiento.

—Convenido, le dije: te prometo hacer cuanto me indiques, con tal que no se oponga á la moral y á las buenas costumbres. Si no hay brujerías ni sortilegios; si en nuestro asunto no tiene que intervenir el Diabolo, manos á la obra, y manda que estoy listo á ejecutar tus órdenes.

—Has oído hablar de las *botijas*?

—Sí. ¿Vasijas de barro medianas, redondas y de cuello corto y angosto?

—¡Qué bolonio eres! Nosotros damos el nombre de *botijas* á las tinajas llenas de dinero que algunos viejos avarientos enterraban y entierran todavía.

—Quedo entendido.

—Pues es el caso, compañero mío, que un viejecito con quien conservo muy buenas relaciones, que fué grande amigo de mi padre, me ha ofrecido enseñarme el paraje donde, según todas las probabilidades, debe de haber una de esas *botijas* de que ya te he hablado; y esto lo hace, según él mismo dice, porque no se atreve á afrentarse con el *hermano*.

—Te chaceas? No puedo creer que á un hermano se le tenga tal horror. De mí sé decirte, que si el logro de mis deseos dependiera exclusivamente de hablar con mis hermanos, cinco tengo, y á todos cinco dirigiría la palabra sin el menor asomo de miedo.

—¡Vaya que estás gracioso! No se trata de los hijos de unos mismos padres, no; se trata de las almas de los difuntos que, por disposición del Eterno, vuelven á este mundo.

—Te estás volviendo insufrible á fuerza de mentir. En ese gran viaje, el último que emprendemos, *muchos, muchos van, pero ninguno vuelve*.

—Pues lo que te digo, tanto es cierto como saber que hay Dios. Mas ahora, y á guisa de reconversión, me permito recordarte que me prometiste no replicar, y has faltado á tu palabra.

—Tienes razón: ya no te contradiré más.

—Desde que el amigo de mi padre me habló del codiciado tesoro, no volví á pensar en otra cosa que en sacarle; pero la dificultad para mí estribaba en hallar una persona de mi confianza con quien llevar á cabo la empresa, porque solo, con ingenuidad telo confieso, no habría tenido valor para hablar al difunto, caso que se me apareciera. Entonces pensé en tí, y andaba en tu busca cuando afortunadamente nos encontramos. Con que decídetes á acompañarme, y ten por cierto que dentro de poco tiempo una gran fortuna será el premio de nuestros esfuerzos.

—¡Cuan iluso eres! Tú estas creyendo que todo es hacer pompas de jabón, y andas fuera

de camino. Lo más seguro es que se frusren nuestras esperanzas.

—No tal. Si la *botija* parece, que es lo más probable, con el dinero encontrado vamos á denunciar una mina, y teniendo mina, el mundo es nuestro. Figúrate que por uno de esos caprichos de la casquivana fortuna, diéramos con un filón de oro, ¿pones en duda, moderno Tomás, que llegaríamos á ser inmensamente ricos?

—En ese caso, no. Pero dejemos de hablar de nuestra mina en ciernes, del filón que sólo existe en tu fantasía y de tantas otras cosas que no me interesan, y cuéntame la manera como nuestro viejo vino en averiguar lo del tesoro.

—Nada más fácil que complacerte.

—Hará al pie de cinco años que el amigo de mi padre abandonó su ciudad natal para trasladarse á la casa de campo en que actualmente vive. Dedicado exclusivamente al cultivo de unas tierras que heredó de su padre y que constituyen su única riqueza, los días se deslizaban para él tranquilos y apacibles, como se pasan para todos aquellos que, sujetos á la santa ley del trabajo y ajenos á las pasiones que tanto agitan el corazón de los hombres, ven satisfecha su ambición con poseer un modesto lugar para preservarse de las inclemencias del cielo, y un terreno de sembradura que les produzca lo necesario á la subsistencia.

Pero llegó un tiempo en que nuestro viejo, que de ordinario era alegre y decididor, se tornó pensativo y taciturno, sin que nadie acertara á explicar el por qué de ese cambio efectuado en su persona; y como con este motivo las mujeres dieran en murmurar, (cosa rara, á la verdad, porque nunca lo hacen) y los hombres propalaran especies de todo punto falsas, el pobre anciano se vió en la necesidad de decir la verdadera causa de su abatimiento.

Parece que todas las noches, entre diez y once, veía él desprenderse de la raíz de una encina un globo luminoso, que caminando en cierta dirección, se apagaba en seguida.

Consultado que hubo el caso con un sacerdote respetable, éste le dijo: "La luz que U. ha visto y que lo trae tan preocupado, es el alma de alguna persona que en vida enterró su dinero. Es muy seguro que esa persona se olvidara de pagar una que otra misa y responso, por lo cual Nuestro Señor, que ve con sumo desagrado que se menoscaben los intereses de sus indignos siervos, que somos los sacerdotes, le ha condenado á vagar por el mundo, sin descanso ni reposo, hasta que alguien saque la *botija* y se encargue de pagar una deuda tan sagrada. U., señor mío, fué el primero en ver la luz, á U. le corresponde hablar al *hermano* y ver qué se le ofrece, porque de no hacerlo, se expone á que Dios lo castigue muy severamente"

Esta era la causa de la tristeza del pobre viejo, pues, como ya te he dicho, le inspiraban horror los difuntos.

Un día, después de haberme revelado el importante secreto de que dependen nuestra grandeza y felicidad futuras, le ofrecí abocarme con el difunto y hacer todo lo que el sacerdote le había ordenado; pero con la precisa condición de que el dinero encontrado fuera todo para mí. Convinimos en el trato, y nos separamos.

—Díme, ¿el bueno de tu amigo recobró la tranquilidad?

Completamente; y esto se debe á que, después de nuestro convenio, ya no se le apareció más la luz.

—Qué día de la semana señalamos para ir á sacar nuestro tesoro?

—El domingo.

—A qué hora?

—A las 7 de la noche, á fin de que nadie pueda enterarse de lo que vamos á hacer.

—Será necesario llevar algunas herramientas?

—Ningunas, pues en casa de mi amigo las hay.

—Entonces, hasta el domingo.

—Hasta el domingo, querido.

—Héteme, caro lector, con mi amigo, en casa del viejo que ya conoces.

Para perder el miedo hemos tenido que recurrir al *trago*, y tanto el uno como el otro estamos un poco peneques. Nuestro hombre se niega á prestarnos su ayuda en la empresa, contentándose con mostrarnos desde lejos la encina á cuyo pie debe de estar oculto el tesoro, y por esta razón tendremos que ir solos. Pongámonos en camino.

Yo voy armado de un enorme escapulario del "Corazón de Jesús," junto con un rosario que jamás me abandona; mi amigo lleva consigo cuantas reliquias puede haber á mano en su casa; además, el uno tiene una pala y el otro, un azadón. Una linterna, de escasa luz alumbra el sendero que conduce al sitio á donde nos dirigimos. Ya estamos al pie de la encina. Mi amigo distingue un bulto que le parece ser el difunto, y grita con voz trémula y convulsa: *De parte del Todopoderoso, di qué quieres*, más sólo el eco responde á sus palabras.

Empezamos á cavar. Mi compañero, como más fuerte, se hace cargo de abrir el hueco, y yo de botar la tierra. Ya tenemos hecho un hoyo profundo, y sin embargo no damos con la anhelada botija. Comienzo á dudar del buen éxito de la empresa, cuando veo á mi compañero dando saltos de alegría. "Al fin, dice, Dios premia nuestra constancia y laboriosidad; acabo de tentar algo como una tinaja, y ahora sí creo firmemente que hay dinero enterrado. Un esfuerzo más, y el tesoro nos pertenecerá."

¡Qué poco nos duró la ilusión! Lo que mi amigo tomara por la botija, no era otra cosa que un aparato de destilar aguardiente clandestino. Llenos de ira arrojamos á un tiempo la pala y el azadón y echamos á andar con rumbo á la ciudad. Ya en ella, y deseosos de desahogarnos, le dije á mi camarada:—¡Persistes

en seguir creyendo en *hermanos*, *luces* y otras tantas majaderías? Creo que el desengaño ha sido terrible.

—No me hables más del asunto; que nunca los hombres quieren escarmentar en cabeza ajena, sino en la propia.

Ya te he indicado, lector, el medio de salir de la pobreza: si te desagrade deséchalo; si te gusta empléalo; pero te llevarás chasco indefectiblemente, como nos lo llevamos mi amigo y yo.

X.

DESENCANTO.

Todo es dolor, angustias y tormento.

Eterno sufrimiento
devora sin piedad el alma mía.
Quiero cantar y mi dolor me abrumba,
mojo en llanto la pluma,
mas decir lo que siento . . . ¡no podría!

En vano, en vano en mi dolor profundo
navego por el mundo,
buscando lenitivo á mis dolores,
que sólo miran mis cansados ojos,
punzadores abrojos,
y un desierto sin pájaros ni flores.

Miro vagar—inmensa caravana—
la gran familia humana
del dolor con la copa entre las manos
y entre llanto y miserias se desliza
prosternada y sumisa
al látigo feroz de los tiranos.

Si evoco con afán en mi memoria,
los hechos de la historia,
se desborda en mi pecho el sentimiento;
pues miro transformado ¡quién creyera!
el hombre en una fiera
que convierte en instinto el pensamiento.

Es la Historia cual campo de batalla.
No ruge la metralla
ni se oye del cañón el estampido;
pero ¡ay! en cada página se encierra
el monstruo de la guerra,
azote de los hombres maldecido.

Que siempre la ambición, el servilismo,
el torpe fanatismo,
la ingratitud, la cólera insensata,
lleva en su seno el corazón humano
y en su delirio insano,
como la nube en rayos se desata.

Jamás la Libertad,—hija del cielo—
 en nuestro loco anhelo,
 risueña luce sus radiantes galas;
 Que siempre envuelta entre la turba impía
 de negra tiranía
 sacude en vano sus potentes alas.

Cómo poder cantar himnos de gloria,
 si llevo en mi memoria,
 tantos recuerdos de dolor y llanto;
 y cómo demostrar mi sufrimiento
 si á mi audaz pensamiento
 cortó sus alas de oro el desencanto!

Pero si entre esta confusión un día
 ¡oh triste musa mía!
 haces vibrar la cítara en mis manos,
 no hagas, nó, que su cántico armonioso,
 arrulle al poderoso,
 ni enaltezca jamás á los tiranos.

LUIS R. FLORES.

Heredia, 15 de setiembre de 1887.

CRONICA.

Sigue la compañía de zarzuela dándonos material para nuestras revistas. El beneficio de Monjardín estuvo bueno. Después de varias funciones en las que el público se ha señalado por su ausencia, y cuando parecía que el entusiasmo había volado por el excesivo número de representaciones, el viernes pasado vimos de nuevo el Teatro lleno como en los días de mayor calor zarzuelero. La pieza *El anillo de hierro* es muy conocida aquí. Los atractivos que ella tiene en sí y por otra parte las simpatías de que goza el beneficiado entre nosotros, contribuyeron á que la velada de esa noche estuviera bien agradable.

Ya los periódicos se han ocupado bastante la Compañía. El público se cansa de oír decir: "la señora Fulana estuvo admirable, la señora Zutana nos subyugó con sus gracias, el simpático señor X es inimitable, el lucido cuerpo de coros no dejó que desear" y otras cuantas frasecitas hechas que nos sabemos de memoria. Pero con todo, no he de dejar entre mi cuerpo, por el miedo de ser fastidioso, lo que tengo ganas de decir. Paciencia, y adelante con la cruz.

La Mascota es para mí la reina de las zarzuelas, se entiende de las que yo he visto, y por cierto que he visto bien pocas. Pertenece á un género que está en moda ahora y dicho está que me ha de gustar. Tiene chispa, es bien intencionada, la música ligera y de esas de ritmo sostenido, de frases sencillas á la que se da vueltas y vueltas, produciendo siempre una melodía dulce que satisface bien á los que no somos

músicos sino para andar á caballo y para comer. Las transiciones violentas del estilo, las armonías escabrosas y complicadas, esas metafísicas alemanas, de la música, váyanse al diablo, que ni las entiendo ni maldita la gracia que me hacen. A mí me cuadra lo que me suena bonito, lo que me hace zarandear el cuerpo y retozar las ganas del bailecito y la parranda. Un son alegre de esos que silban los muchachos cuando van á comprar la carne ó la manteca y que las niñas pizpiretas sacan en el piano á la segunda vez que los oyen, con eso si estoy como pez en el agua. Pero cuando caen sobre mis tímpanos esos chorros de notas sin orden ni acuerdo, cuando me parece que los sonidos de los instrumentos se dan de bofetadas, corriendo á veces en precipitada fuga, otras arrastrándose perezosos y aburridos, gárrulo conjunto de chirridos de violín, acatarrados lamentos de clarinete, ronquidos de contrabajo y redobles de tambor, semejantes al ruido de las tripas en un estómago de digestión perezosa, entonces me siento mal y me parece la música el ruido más desagradable. Amí me gusta más el "¡Ay! ay! perica" y el "Se va el vapor" que las marchas de Tanhauser y las sinfonías de Hyden: estos fulanos me revientan. ¿Qué tal mi gusto músico? Y después dirán que los profanos no debemos meternos en lo que no entendemos.

Consecuente con mi criterio no podría ser de otra suerte sino que la música de *La Mascota* sea de mi devoción. Dos ó tres motivos, (tengo un miedo de decir una barbaridad, al hablar de solfa) prestan tela para teger todo la partitura. Las frases son sencillas y de una armonía juguetona, que hace cosquillas. Es indudable que como ciertos versos de muy vistosa forma está hecha para la *bourgeoisie* de los músicos. Me atrevo á creer que no es una armonía de alto vuelo, la de *La Mascota*, que pertenece al género á que en Literatura pertenecen *Graciela*, *María*, *Las Confesiones* de Mery y en Pintura... aquí sí que no pude citar ni uno solo... Obras que se amoldan á todas las inteligencias y que satisfacen todos los criterios, porque no están fuera del alcance del más vulgar.

El chiste incisivo, la sal, el equívoco abundan en la obra. Bien que ella no se propone ningún objeto, si no es el de demostrar lo estimables que son las mascotas, cosa que todos sabemos, es maliciosa, picaresca. Indudablemente es una de esas inspiraciones vagabundas que los artistas de talento juguetón pescan en las horas de locura parisiense, cuando se discurre por Folie-Berger ó se trasnocha en "El jardín de París." *La Mascota* es una producción genuina y privativamente francesa, (me refiero á la opereta y de ningún modo al tipo de la obra, que es planta que suele crecer en otros puntos del globo, aunque no se aclimata bien en ninguno).

La Celimendi nos hizo una mascota deliciosa. Yo soy hombre un tanto refractario á lo nuevo y con franqueza lo digo, casi siempre me gusta más lo pasado que lo presente. La supervivencia de los tipos en mi imaginación, depura-

dos de sus defectos y llenos de agradable color por el recuerdo, casi siempre triunfan de lo que veo en el presente. Es condición de mi naturaleza y según sospecho de la humana, eso de que el recuerdo muestre solamente las cualidades, abillantadas por la perspectiva, y que en lo que se está viendo trate la imaginación de agrandar las líneas oscuras, con una especie de rabia que á la legua deja ver una protesta contra el tiempo que pasa llevándose nuestras mejores impresiones y haciendo brotar en cambio, cada vez más heladas, las impresiones nuevas.

Pues á pesar de eso no lo quiero ocultar, la Celimendi en el papel de Mascota, triunfó de todos mis recuerdos y preocupaciones y me hizo olvidar completamente lo que he visto antes.

Con una asimilación de carácter completa, poseída por el espíritu de la obra y con natural gracia, la Betina de esta vez me ha parecido admirable. Deliciosos gestos que demuestran una inocencia pastoril, en el bellissimo duo con el pastor Pippo, los modales chavacanos y ridículos de quien por primera vez se pone el traje de la gente de buen tono, es decir, lo *cursi* admirablemente hecho, cuando se deja ver convertida *ex abrupto* en princesa; la insistencia, la queja, el enojo, el orgullo herido de la amante, en las escabrosas escenas del último acto, todo en fin, puso de relieve el exquisito talento con que la señora Celimendi traduce el pensamiento del autor. Aunque humilde nuestro aplauso, recíbalo la artista con la cordialidad con que se lo enviamos.

Ya van á sonar las ocho. Tengo prisa de ir al beneficio del maestro Cuevas. Dicen que va á estar piramidal. Vals *Costa Rica*, obertura, marchas y contramarchas... la mar y la susodicha *Mascota* para remate de fiesta. En el próximo número verá de decir algo de esta función, pues aunque este número saldrá dos ó tres días después del beneficio, don Procopio no me da agua. Dice que el periódico ha de quedar listo mañana y no hay más remedio que obedecer.

Aunque pensaba ocuparme en esta revista de los magnos asuntos del día; parque Morazán, teatro en la Laguna, en la Soledad ó en la Sabana, Oliverio Pipelet y otros de alta importancia haré á mis lectores el favor de callarme, porque ya no hay espacio en el periódico.

Salud, pues, caros lectores y amadísimas lectoras. Pronto tendré el gusto de obsequiarlos con un articulito de Odín que habrá de causar más sensación que la comentada, tigereteada, adulada é imponderablemente aborrecida y amada revista del baile del 15 de setiembre.

MR. RENARD.

—o—

EL AMOR.

Que yo no te amo? qué inocente eres! porque á tu lado siempre estoy tan triste y alegre y placentero ya me viste al lado sonreír de otras mujeres?

Deja, mi bien,

que al lado de otras, como mienten ellas, ría, y, fingiendo de un amor querellas, mienta también.

Deja que mientras que á tu lado, apenas doy un suspiro,

testigo fiel de mis amantes penas

cuando otras miro,

hablar los ojos y también los labios,

fingiendo historias, de ternura acaso,

ó bien, inverosímiles agravios

á la coqueta que me cree su Taso.

Deja que triste y pensativo mire no más el suelo,

y que, en silencio junto á tí, respire las suaves auras de tu limpio cielo.

Alegre y bulliciosa siempre ha sido la loca vanidad; el desenfado fué siempre de agrado y el modesto silencio aborrecido.

Pero el amor misterios atesora: se turba cuando mira el dulce bien que adora, y, temblando de afán, calla y suspira.

X.

San José, 20 de octubre de 1887.

ANUNCIOS.

Juan Francisco Echeverría.

Jenaro Castro Méndez.

ECHEVERRIA & CASTRO,

Corredores Jurados y

Comisionistas.

Apartado 103.
Cable "Echeverría."

2 Calle General Fernández.
SAN JOSÉ, COSTA RICA.

TIPOGRAFÍA NACIONAL.

LAS CAMPANILLITAS.

DANZON.

PEDRO M. FUENTES.

piano. *p* *con gusto.* *p* *p* *espres.*

p *p* *1.* *2.* *p con gracia.*

p *p* *f*

f *f* *con gracia.* *p*

p *f* *p* *D.C. al*